

MARÍA MORENO

**EL FIN DEL SEXO
Y OTRAS MENTIRAS**

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

índice

Preliminares	7
EL FIN DEL SEXO	
EL CUENTO DE NUNCA ACABAR	13
Siempre que se folgó, paró	15
El mirón tiene quien le escriba	17
Las lágrimas de Eros	23
¡Dios salve a la reina!	27
Hacerlo en masa	31
Burguesía y S/M	37
Elogio de la mugre	43
Maestros bestiales	47
Defensa de la mantis religiosa	49
¡Gracias, madre agresividad!	56
Como la mona	64
ENORMES MINUCIAS	71
La tortura como pornografía	73

Ventanas	76
¿A Monzón Alicia ya lo perdonó?	79
Ma que Sabato: Sabatini	82
NancySid	85
La pedagoga del amor	89
Superloca y sus boys de las SAS	93
Versace en su sangre	97
Si Simone viviera	100
La travesti en la escuela	104
¿S/M o SOS?	107
Chat the door	110
Toda la muerte a lady Di	113
Maradona a la milanese	116
Maldita cocaína	119
Y por fin habló	122
Al palo	126

...Y OTRAS MENTIRAS

LA MUJER PÚBLICA	133
¿Qué hacer?	135
El libro rojo de Lesbos	141
Contra el feminismo proletario	144
Poética terminal	147
Eros gastronómico	151
Safo y Cía.	154
El puro yo	157
Lúcidas locuras	160
Señoras, ¡a las tripas!	162
LOS VÍA CRUCIS DEL CUERPO	165
Mutaciones	167
Memoria	169
Con un solo ojo	175
La cifra impar	178

Ciencia y diseño	185
Como un timón	187
Orlan hasta la nariz	193
Disney on the rocks	201
Orgullo sordo	205
Cuerpo argentino	211
Erótica y Nación	213
La patria disfuncional	213
Resistir en el baño	221
Perlongher en primera	232
Los años 90	236
Un cacho de goce	242
Política a la moda	244
Performances intelectuales argentinas	244
Postales	249
El kitsch peronista	261
Juanita como Julieta	261
La maestra de Eros	264
Bolocoluda total	267
Evita vive	274

Preliminares

Escribo sobre lo que no sé. Si lo supiera ¿para qué lo escribiría? La escritura *inventa*, lejos de la vanagloria de responder a una suerte de acopio de conocimientos que una autoridad en ausencia y esfinge le ha dado la venia de echar a rodar. En suma, soy periodista, fiel a la anécdota de Raúl Damonte Taborda quien, mientras se sometía a un examen para ingresar el diario *Crítica*, una de cuyas bolillas era escribir sobre Dios, quiso precisar: ¿A favor o en contra?

Ni hace falta aclarar que escribo lejos de la sangre de la portada, del mito del *ahora mismo*, en esas zonas francas que permiten el suplemento cultural, la página de misceláneas, la revista literaria y la columna del costado desde donde el bufón suele lanzar una paradoja de 24 horas o el experto *ubicar* la noticia que el cronista ha hecho ficción en el *cuerpo a cuerpo*. La premura y, al mismo tiempo la ambición, han hecho que los ensayos de *El fin del sexo* sean una mezcla de notas de aprendizaje, diario íntimo de lecturas y panfleto cuyo interlocutor hoy resulta oscuro hasta para mí misma. Aquí furiosamente lacaniana, allá de un demagógico populismo, a veces en vena mística, otras haciendo uso del sermón laico que la lengua política suele llenar de ripios terminados en "ción". Pero ¿por qué *publicar la saliva*? Pues porque no habrá *obra*. Hay quienes sospechan en aquello que escriben anchas y luminosas avenidas centra-

les y suburbios de mala muerte, sin señales de tránsito y tapizados de bolsas de basura. Las primeras conducirían a la *obra*, las segundas al *ganapán*. En mí no hay avenidas iluminadas ni siquiera metafóricamente. Puede que sea bisexual pero no bitextual.

Creo que lo único que he escrito de mi "obra" ha sido mi seudónimo, compuesto con mi primer nombre legal y el apellido de mi hijo, aunque ocasionalmente estuve casada con un Moreno.

Los editores saben que suelo prometer libros que luego no termino. No comprenden que así como la literatura no es el reflejo de la vida, un índice no es la promesa de un libro sino un género en sí mismo. Puede afirmarse que *no he escrito* los siguientes libros: *Simpatía por el diablo* (novela beat), *Cuerpo extraño* (novela iniciática), *Las amalias*, tomos I, II y III (novela política), *Marie Langer* (Psicoanálisis y política 1938-1987), *Paramemorias* de Fernando Noy (historia de vida), *Locuela* (nouvelle), *Ópera negra* (hard rock), *Eros argentino*, tomos I y II, *El cuarto oscuro* (ensayos sobre cine) y *La maldición del sexo* (Liberadas, libertas y libertinas en la cultura de dos fines de siglo). En realidad, no es verdad que no los he escrito, sino que voy lento. Soy una solitaria practicante de la medida gremial *trabajo a tristeza*. Mi primera versión de *El petiso orejudo*, una no-ficción sobre el infanticida Cayetano Santos Godino, fue escrita en 1974. La última en 1994, año en que fue publicada. Hace diez años que *no escribo Marie Langer*.... Y ¡qué quieren que les diga! Las vicisitudes de esa psicoanalista vienesa radicada en la Argentina me obligaron a estudiar austromarxismo, la Guerra Civil Española, psicoanálisis kleiniano, política montonera, la revolución rusa, la cubana, la sandinista y el exilio argentino en el México de los años setenta. Fue un *análisis didáctico* vía transferencia postmortem y la oportunidad de tener una institutriz imaginaria en cultura de izquierda internacional.

Yo escribo sólo bajo amenaza: 1) ("*Nos está enterrando, es la última vez que te encargo una nota*"), 2) extorsión ("*¿Así que te falta mucho? Entonces dejá que se la encargo a...*") o 3) "*Si no podés hacer ni siquiera una recopilación, al libro lo sacamos el año que viene*".

Por suerte la computadora me ha permitido archivar mis notas y reciclarlas. Chapa, pintura y actualización al paso. Si me dan un tema nuevo me las arreglo para utilizar parches de antiguos archivos de datos e intentar injertos y collages que se me ocurren perti-

nentes aunque no siempre lo son. En ocasiones he presentado en el mismo medio, a menudo ante el mismo jefe de redacción o editor, tres o cuatro veces la misma nota reordenada, intervenida, es decir, *con la patente cambiada*. Entonces puedo imaginarme como Robin Hood o como Mate Cosido y, al mismo tiempo, como el pobre que recibe los beneficios del cumplimiento del refrán “*el que roba a un ladrón...*”. He logrado que muchos confundan esta técnica de cartonera con una supuesta capacidad para gran variedad de registros. Otros preguntan por qué publico cosas viejas, ¿es que no cambio? Puede que no, pero la extrañeza que me produce algo escrito por mí es tanta, tenga el escrito diez minutos o diez años. Es un efecto de escribir en espacios, como los periódicos que, duran *un día*.

De acuerdo a los vaivenes de la moda literaria, al plagio se lo ha llamado glosa, cita o apropiación. Los mexicanos llaman plagio al secuestro. Yo llamo secuestro al plagio. No vacilo en plagiar, sobre todo cuando tengo que ganar unos renglones para terminar rápidamente un artículo. Y —nobleza obliga y los párrafos anteriores lo prueban— para plagiar empiezo por casa. Eso sí: como plagiaria soy fetichista. Codicio menudencias y las atesoro como talismanes. Por ejemplo, las frases de Colette (“*bellezas de garage*” o “*la criaron bien*”). A esta pagana la admiré hasta el plagio —esta misma frase, es un plagio pero Dios me libre de hablar de *paráfrasis*— y la plagíé hasta terminar admirándome a mí.

Evidentemente el plagio es un secuestro porque rara vez vuelvo a encontrar lo plagiado en el lugar de donde lo plagíé.

Hay en el plagio una misión pedagógica. Quien planea detectarlo se ve obligado a leer cosas que a lo mejor nunca hubiera leído, a practicar la crítica literaria ya que toda acusación de plagio implica una teoría sobre la escritura y —si el pesquiza es un abogado— a mostrar que la propiedad intelectual tiene un precio, algo que el mercado no siempre está dispuesto a reconocer.

El título *El fin del sexo y otras mentiras* no es el de un ensayo contenido en este volumen, simplemente porque no tuve tiempo de escribirlo. Se trata de artículos expropiados a los medios en que fueron escritos: *El porteño, Sur, Babel y Página*/12. En ocasiones conservan los títulos elegidos por los editores de turno. Espero que ellos no se

consideren plagiados a menos que la vanidad les haga creer en la propiedad intelectual de un título que apareció como anónimo. He corregido y mezclado pero no he cambiado las fechas ni para simular una profecía ni para pretender que en los años 90 era tan inteligente como en el principio de siglo. Los escribí a una edad en donde ya no era posible escudarse en la precocidad.

Cuando los leo acude a mi mente una y otra vez, aunque sin el menor toque de remordimiento, la palabra *irresponsabilidad*. Mi maestro Germán García me persuadió de que nada es sagrado y que cuando un saber se muestra como un secreto de templarios se puede empezar por *manosear* lo que de él asoma de fácil y, sobre todo, alegre, sin aceptar el espíritu sacerdotal que adjudica al conocimiento la metáfora de la escalera donde la cúspide anuncia la iniciación.

La insistencia de la primera persona a veces está justificada por el género "columna" como la que Martín Caparrós bautizó como *La mujer pública* aunque sin acento y que salió en la revista *Babel*.

También porque la prosa *simula una voz*, tal vez porque mi primer contacto con las letras fue escuchar los clásicos universales en versiones radiales y conocí el modernismo a través de las letras del tango canción. El dequeísmo me protege del horror al vacío y me permite soñar con *que* le tiro una serpiente al lector.

Al terminar de ordenar *El fin del sexo* comprobé que cada texto formaba parte de otro mayor que a su vez formaba parte de otro y así sucesivamente. Y hay una zona en que este efecto se repite hasta el hartazgo o el mareo. Sin darme cuenta había dado al libro la forma de la vulva.

Para poner en duda la falsa impresión que pude haber dado con estas *preliminares* —¿cómo renunciar al chiste fácil?— de venalidad y sojuzgamiento quiero aclarar que no es libertad menor la de tener un amo encarnado bajo el rostro de editor en jefe, un salario como pretexto y la pertenencia con un pie afuera al lugar donde las *obras* vienen siempre entre tapas duras y sin ilustraciones.

Ya avisaré cuando escriba un libro.